

(Núm. 2.)

DOÑA JOSEFA RAMIREZ.



NUEVA RELACION

EN QUE SE DA CUENTA DE LOS EXTRAORDINARIOS ARROJOS QUE
HA EJECUTADO ESTA NOBLE SEÑORA CON LO DEMÁS QUE VERÁ
EL CURIOSO LECTOR.

PRIMERA PARTE.

A la que es Madre del Verbo,
MARÍA, Señora nuestra,
la pido humilde y postrado
me dé gracia, con que pueda
referir á mi auditorio
la mas infausta tragedia
y el infertunado caso
que sucedió á una doncella.
Prestadme atencion os ruego.

En la ciudad de Valencia
nació de muy nobles padres
la hermosa doña Josefa:

con nobles procedimientos
crióse aquesta Minerva.

Apenas cumplió esta niña
diez y ocho primaveras,
machos galanes la rondan
sus celosias y puertas,
y entre tanto pretendiente,
la adoraba muy de veras
un principal caballero,
don Pedro de Valenzuela;
al fin la escribió un billete
que con rendidas ofertas

la dió parte de su amor:
 la dama, como discreta,
 con otro le corresponde
 á su pretension atenta,
 diciendo: «Señor don Pedro,
 yo estimo vuestra fineza;
 ya sabeis como en mi casa
 soy la única heredera;
 y veo, señor, difícil
 de que mis padres consientan
 que yo con usted me case;
 mas esta noche en la reja
 de mi jardin os aguardo
 á eso de las diez y media.
 Dios os guarde, caballero,
 quien os estima y venera,
 doña Josefa Ramirez,
 como humilde esclava vuestra.»
 Con esto cerró el billete,
 y á un paje con diligencia
 le manda que le llevase,
 el cual fué con gran presteza,
 y á don Pedro se le dió
 en propia mano y lo besa.
 El paje se fue y leyó
 lo que ya espesado queda,
 deseando que la noche
 tendiese el manto de estrellas.
 Llegó la citada hora,
 pronto se halló en la reja,
 hizo una seña y salió
 aquesta diosa y Minerva,
 aquella estrella de Venus,
 tan bizarra como atenta.
 Saludáronse corteses,
 y entablaron conferencia
 dándose pruebas de amor
 cuando en estas diferencias
 le acometen dos malvados
 á don Pedro con violencia;
 dos estocadas le dieron
 por las espaldas, tan recias,
 que las heridas crueles
 hasta el pecho le penetran;
 y como un leon herido
 sacó la espada y con ella

á los dos acometió,
 pero poco le aprovecha.
 Ellos se escapan huyendo,
 y el triste jóven dió en tierra,
 diciendo: difunto soy,
 perdóname, amada prenda.
 Esta voz que oyó la dama,
 cayó amortecida en tierra;
 volviendo en sí del letargo,
 decia de esta manera:
 ¿Qué es eso que me sucede?
 ¡Cielos! ¿qué desgracia es esta?
 ¿qué he de hacer? ¡ay de mi triste!
 ¡oh fortuna tan adversal
 ¿á dónde hallaré yo alivio
 en tanto tropel de penas?
 Ya no tendré yo sosiego
 hasta que de cierto sepa
 quiénes son los alevosos
 que con tan grande in Clemencia
 á don Pedro dieron muerte!
 Toda en lágrimas deshecha,
 jura que se ha de vengar
 á pesar de las estrellas
 Se retiró á su aposento
 como una leona fiera;
 se despoja de su ropa,
 tomando capa y montera
 y un rico colete de ante,
 calzon de la misma pieza,
 zapatos á lo moruno
 y rica media de seda;
 una charpa con dos pistolas,
 tambien su espada y rodela,
 y un trabuco que pendiente
 de su cintural loleva.
 Luego partió á un contador,
 y sacó de una gaveta
 hasta doscientos doblones,
 y se ausentó de Valencia.
 Entre unos montes se oculta,
 y de noche daba vuelta:
 Iba á las casas de juego,
 donde todo se conversa:
 jugando estaba una noche
 y otros señores con ella,

sin saber con quien hablaban del caso la dieron cuenta.
—¿Dicen que don Leonardo y don Gaspar de Contreras salieron con gran sigilo de la ciudad de Valencia?
Doña Josefa responde:
—¿Pues qué cosa les molesta á esos nobles caballeros para salir de su tierra? quizás irán á algun pleito de alguna de sus haciendas, que quien tiene mayorazgos nunca le faltan quimeras. No es mal pleito el que les pasa, ellos dieron por respuesta, pues son los que dieron muerte á don Pedro Valenzuela. Disimulando su enojo, respondió con gran reserva: mucha fuerza se me hace, ni me es posible que crea que estos nobles caballeros hicieron accion como esa, que fuera gran villanía, y les asiste en sus venas sangre noble, y esto basta saber que hay quien los defiende, y eso no se puede hablar sin saberlo por muy cierto.
—Sabed que es mucha verdad lo que os digo, y si no fuera nada me importa el decirlo: mas ella con gran cautela respondió: Dios les asista, ¿A dónde el viaje llevan?
Y ellos mismos la informaren que iban á Cartagena. Salió del juego diciendo: buena suerte ha estado esta, ya tendrá mi pena alivio si se me logra la idea. Y montando en el caballo, que al céfiro puso rienda, á Cartagena marchaba con muy pronta diligencia.

Llegó una tarde feliz á eso de las dos y media, en un meson se apeó, y á la huéspedá dijera: cuideme de este caballo, que presto daré la vuelta; y sin desarmarse fué á la playa por si encuentra alguno de sus paisanos que tanto verlos desea; no los pudo descubrir y hácia el meson dió la vuelta; y á la patrona la dijo que previniese la cena, y que le hiciese la cama en una sala que tenga las ventanas á la calle, sin darla á entender su idea. Apenas anocheció, pronto se puso á la reja de la ventana, escuchando, cuanto en la calle conversan. Oyó decir á unos hombres así estas palabras mesmas: para mañana en la noche tenemos funcion muy buena en casa de don Juan Mansilla, porque en su casa se hospedan dos famosos caballeros, naturales de Valencia, y quiere obsequiarlos; mas no quiere que se sepa, porque allá han tenido un lance contra un hombre de prendas... Tente, hombre, no prosigas, calla tu imprudente lengua, que no sabes quien te escucha, porque si bien lo supieras no dieras cuenta á tu amigo. ¡Oh! cuánto mas nos valiera muchas veces el callar! que el que no habla no yerra. Séneca muy bien lo explica en una de sus sentencias. Ya satisfecha del caso se quedó doña Josefa;

apenas amaneció
hizo vivas diligencias
por descubrirlos, y al fin
en la playa los encuentra.
De que los tuvo presentes
les dice de esta manera:
—¿Me conocéis, caballeros?
Sabed soy doña Josefa,
aquella á quien agraviásteis
en la ciudad de Valencia;
vengo á tomar la demanda
por don Pedro Valenzuela,
que habiendø muerto mi amante
poco importa que yo muera.

Sacan los tres las espadas
y á la batalla se aprestan,
y á dos idas y venidas
le alcanzó doña Josefa
al valiente don Leonardo
una estocada tan recia,
que le pasó por el pecho
dando con su cuerpo en tierra:
esto que vió don Gaspar,
erró con doña Josefa;
mas poco le aprovechó,
porque ella con gran destreza
le pasó por el costado,
y á los dos difuntos deja.
Se consternó la ciudad,
y acudió con gran presteza
el señor gobernador
para llevársela presa.
Mas ella con arrogancia

dijo: sepa su excelencia
que mi espada á nadie teme,
aunque un ejército venga;
dijo, y chocando con ellos,
á uno toma, á otro deja.
Tres alguaciles mató,
y en medio de esta refriga
se le ha quebrado la espada;
echó mano con presteza
al trabuco que traía,
y á barrer la calle empieza.
Con que llegó á refugiarse
dentro de la misma iglesia
del Seráfico Francisco,
donde á curar se queda
dos balazos que llevaba
muy mal herida una pierna.
Buena ya de este incidente
pidió á los padres licencia
para salir del convento,
y mandó que la trajeran
el caballo que tenia
en un meson de allí cerca.
Fué un donado y se lo trajo,
y agradeció la fineza.
Sin ser de nadie sentida
se salió de Cartagena.
Y ahora Pedro de Fuentes
á aquesta plana primera
da fin y en otra segunda
dará noticias enteras
en lo que vino á parar
la hermosa doña Josefa.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

Ya dije como salió
amparada del silencio,
de Cartagena una noche.
llena de mil pensamientos
doña Josefa Ramirez,
que marchaba para el reino
de Cataluña: Una tarde
al encuentro la salieron
siete bandidos, mas ella
los reconoció al momento.
Del caballo se desmonta
de aquesta suerte diciendo:
apartarse del camino,
presto, quitarse de enmedio,
ó le quitaré la vida
al que fuese desatento.
Esto dijo, y disparó
con tan bellísimo acierto
el trabuco, que se lleva
de un tiro los tres primeros
que los cogió perfilados;
y los otros que esto vieron,
se pusieron en campaña;
mas la dama con esfuerzo,
sin punto de cobardía
se hizo fuerte contra ellos:
de los siete mató cinco,
y los otros dos huyeron
ya con heridas de muerte,
y no les valió por eso,
que ella arrogante los sigue,
y de merced la pidieron
les otorgase las vidas,
metió la mano en su pecho,
y dice: para estar segura
quitar estorbos de enmedio;
y al soplo de dos pistolas

ambos se los dejó muertos,
y montando en el caballo
como quien nada habia hecho.

Llegó, en fin, á Barcelona,
adonde supo de cierto
que ya la andaba buscando
su padre, con gran anhelo;
y al instante determina
vender el caballo y luego
embarcarse para Roma,
sin reparar en los riesgos
que puedan sobrevenirle,
como adelante veremos.

Se embarcó, en fia, en las ondas,
del salado mar soberbio,
y fué su suerte tan mala,
que á los dos dias se vieron
de corsarios argelinos
infelices prisioneros.

Desembárcanlos en tierra,
y á pregones los vendieron:

compró á doña Josefa
en un moderado precio,
un renegado muy rico,
hombre de mucho respeto,
que por sus buenos conceptos
era atendido en el pueblo.

Preguntóle á su cautivo
por su nombre, y al momento
respondió: Pedro me llamo,
señor, al servicio vuestro.

—¿En qué oficio te ocupabas?

—El oficio que yo tengo
es, señor, maestro de armas.

—En buen oficio por cierto
te ejercitabas, cristiano,
mas darte otro pretendo.

¿Tú no sabes escribir?

—Algo entiendo tambien de eso,
no con tanta perfeccion
porque usado no lo tengo.

Viendo su disposicion,
le entregó todo el manejo
de su casa, y al instante
mandó su amo á dos negros
que tenia, la enseñasen
la arábiga lengua, y ellos
lo pusieron por la obra,
y aprendió en breve tiempo.

Tan buena cuenta le daba
á su amo, y tan contento
le tenia, que no sabe
qué hacerse con su escudero.

En este tiempo la mora,
mujer de su amo mesmo,
al buen Pedro regalaba
y hacia algunos cortejos,
un dia que salió el amo
á caza con los monteros,
llamó y le dijo á solas:
cristiano, yo por tí muero,
yo no duermo ni descanso,
en mí no cabe sosiego,
me has robado el corazon;
yo me abraso en vivo incendio,
y si merezco la dicha
de que premies mis afectos,
te prometo que serás
dichoso en aqueste pueblo.

Por no descubrir su sexo,
con muy buenos argumentos
don Pedro la disuadia
de aquesta suerte diciendo:
mirad que soy vuestro esclavo,
y que si no tengo hierros,
esta es merced que me hace
mi amo por ser tan bueno;
y pues que de mí se fia,
hacerle ofensa no quiero;
y así, señora, dejadme,
y no toqueis mas en esto.
Viendo la mora el desaire
que el paje la habia hecho,

jura por el gran Mahoma
que ha de vengar su desprecio.

Apenas entró su esposo,
le salió al recibimiento
aquella falsa enemiga:
le echó los brazos al cuello,
y con un llanto fingido
le dijo: poned remedio

en vuestra casa, señor,
porque el mayordomo vuestro
quiso, atrevido ofenderte
muy lascivo y deshonesto,
á mi aposento se arroja,
trajo consigo este acero,
ó puñal, con amenazas
queria lograr su intento.
Mas yo como una leona
me levanté de mi lecho,
se le quité de la mano
el cual veslo, aquí le tengo.

Salió fuera el renegado
enfurecido y soberbio,
á sus criados los manda
de que prendan á don Pedro
en una oscura mazmorra
y lo cargasen de hierro,
y que no le diesen agua,
tampoco el mantenimiento
y que allí se moriria
pagando su atrevimiento.

Un moro piadoso habia
compadecido de verlo,
que al descuido de su amo
le llevaba el alimento,
y tambien le daba agua,
con cariñosos afectos,
que entre los infieles hay
tambien nobles sentimientos.

Y al cabo de quinze dias,
por ver si se habia muerto,
visitóle el renegado;
y luego que vió á don Pedro
vivo, ha tomado un cordel
para azotarle soberbio,
y al tiempo de descargarle
le dijo: señor, teneos,

Y advertid que es falso todo
por lo que estoy padeciendo:
yo soy mujer, no soy hombre,
y para prueba de aquesto
un pecho le manifiesta;
la dice: basta con esto.

De la prision la sacó
dándole abrazos muy tiernos,
la dice: cristiana, amiga,
por mi profeta te ruego
que me reveles la causa
de haber mi esposa este enredo
contra tí trazado; entonces
le contó todo el suceso.

Viendo esto el renegado,
iracundo y muy soberbio,
dijo: juro por el Alcoran
y la ley que fiel profeso,
que he de ejecutar con ella
el castigo mas acerbo

que hayan visto los nacidos
para que sirva de ejemplo.
Mandó al punto el renegado
que la prendan, y al momento
ejecuten el mandato

de su amo, y la metieron
en una oscura mazmora,
mientras se encendia el fuego.

Llena una tina de aceite,
y luego que estuvo hirviendo,
á la mora la trajeron
y se le echan por el cuerpo.

Mandó apartasen la tina
y que la arrojen al fuego,
donde feneció la mora
pagando su atrevimiento.

Y al cabo de pocos dias,
con felices pensamientos
ha llamado el renegado
á aquel hermoso portento
de doña Josefa, y ella
acudió luego al momento.

—Vos, señor, ¿qué me mandais?

—Venios á mi aposento,
y á solas os lo diré
que es de importancia el secreto:

ya sabeis doña Josefa,
la voluntad que os tengo,
y solo de vos me fio
para descubrir mi intento.

Pretendo pasar á Roma
y ser de mi culpa absuelto,
y despues el recojerme
en un sagrado convento.

Tú te pasarás á España,
que ya prevenido tengo
dos mil doblones, los cuales
entre los dos partiremos:

mira que te vas mañana,
pues hoy se halla en este puerto
un tratante mercader,
á quien pagado le tengo

el viaje, y con él vas
segura de todo riesgo,
y pasa por Alicante
de España famoso puerto.

La entregó los mil doblones
atados en un lenzuelo
Se fué á recojer su ropa
y joyas de mucho precio

que tenia, y todo junto
lo encerró en un arca y luego
mandó el amo la llevasen
al navío, así lo hicieron.

Embarcóse el renegado,
y aquel hermoso portento
de doña Josefa, y ambos
á Alicante se vinieron;

tiernamente se despiden,
y él con grandes deseos
su viaje continuó,
siéndole feliz el viento;

en breve tiempo llegó
á Roma con gran contento:
pasó á ver á Su Santidad,
parte le dió del suceso,

y confesando sus culpas
con grande arrepentimiento,
en un convento se acoje,
donde llorando sus yerros
hizo grandes penitencias,

y pasó á gozar del reino

del Cielo: pero volvamos
a la dama que en bosquejo
lá dejamos hasta aquí
con ánimo muy resuelto;
en Alicante compró
un caballo, y á los vientos
imitaba en su carrera
por lo veloz y ligero.
Pasó á Valencia, y en ella,
entró con mucho secreto;
se informó de sus padres
y supo que estaban buenos:
una noche determina
disfrazada de ir á verlos,
y á eso de las oraciones
fué á su casa con deseos.
Llegó á la puerta y tocando,
á abrirla salió un buen viejo;
y ella cortés le pregunta,
quitándose el sombrero:
— ¡Vive aquí el señor don Juan
Ramirez y Marmolejo?
Sí, señor, le respondió,
y entró al instante á verlo.
Se sentaron lado á lado,
y dijo: sabed por cierto
que vuestra hija, señor,
hoy se halla en este pueblo;
tres años y medio ha estado
metida en un cautiverio;
sirviendo no como esclava,
porque era absoluto dueño
de la casa de su amo,
y al cabo de aqueste tiempo,
la ha dado la libertad

y gran porcion de dinero.
Don Juan que atento escuchaba
las razones del mancebo,
al oirlo se enternece
y lloraba sin consuelo.
¡Ay, hija de mis entrañas!
¡Oh, si permitiera el Cielo
que yo la viera en mi casa,
cesaran ya mis desvelos,
diera vado á mi tristeza,
mis congojas fueran menos!
La madre por otro lado
hacia su sentimiento.
Del asiento se levanta,
y arrodillada en el suelo,
dijo: cese vuestro llanto,
que á vuestra hija estais viendo,
y ahora, padre y señor,
perdonad mi grave yerro,
y lo que pretendo es
meterme en un monasterio
Lo pusieron por la obra,
entrándose en un covento
de religiosas Franciscas,
donde vivió dando ejemplo.
Aprended, mozas doncellas,
y mirad los muchos riesgos
en que se vió aquesta dama
por defender á su dueño.
Y dando fin á la historia,
antes de cerrar el pliego,
Pedro de Fuentes suplica
al auditorio discreto,
que le perdone las faltas
que tuviesen estos versos.

FIN.